

EMILIO GANCEDO

Riaño

El Estado contra la Montaña

Fotografías de MAURICIO PEÑA

ÍNDICE

Inspiración, 13
A modo de comienzo, 19

PARTE I: LA PATRIA DE LAS FUENTES, 23

El plano, 25
La pancarta, 34
Estampas del Porma, 43

PARTE II: RIAÑO, UN RELATO, 57

PARTE III: PALABRAS INSUMERGIBLES, 119

Voces desde Riaño y sus valles, 121
Voces amigas de Riaño y sus valles, 205
Los colonos, 241

PARTE IV: LA REGIÓN DEL FRÍO, 255

Voces enfrentadas, 257
Tres caídas, 271

PARTE V: DESPACHOS, CANALES, SURCOS, 285

Cronología comentada, 329
Espiración, 351

¿Quién no ha deseado el mar, el espectáculo del agua sin límites?

¿El avanzar y detenerse y lanzarse y estrellarse de las enormes olas perseguidas por el viento?

¿El lustroso abultamiento abovedado antes de la tormenta, gris, sin espuma, gigantesco y cada vez más alto? [...]

¿Su mar por no mostrarse nunca el mismo, su mar y su unanimidad por debajo de toda apariencia... el mar que colma su ser?

¡Así y no de otra manera, así y no de otra manera desean sus montañas los montañeses!

Kim, Rudyard Kipling

«... ut facerem tibi kartula donationis de ipsa tua hereditate propria in quod habitas in terreduno Rianguelo...».

Primera referencia conocida del
viejo Riaño (año 950)

«Pongo en su conocimiento que han sido recibidas, provisionalmente, las obras de construcción de la casa consistorial del nuevo núcleo de Riaño, primera fase [...]. A partir de esta fecha puede V. S. disponer de todas las dependencias de la planta primera y segunda, que tienen acceso a través de la escalera principal...».

Última referencia municipal del
viejo Riaño (año 1987)

ESTA ES, EN REALIDAD, una historia sobre la *casa*. Sobre lo que cada uno de nosotros llama y considera *hogar*. Esta es una historia sobre los hogares que tenemos y sobre los hogares que elegimos, que heredamos, que elevamos o que nos tocan en suerte. He aquí una historia en torno a lo que supone tener un hogar y a lo que sucede cuando ese hogar es sentenciado a desaparecer de la faz de la tierra.

Esta es, también, una historia sobre el eterno renacer de los símbolos y sobre la destrucción de la belleza.



Inspiración.

Detente.

Yo te diré dónde estás, lo que ven tus ojos, lo que escuchan tus oídos, a lo que huele todo esto que se extiende delante de ti. Voy a ayudarte y lo haré de este modo porque ya no existe ninguna otra forma de hacerlo.

Estás en el fondo de un valle, un valle que es como un cuenco enorme, excavado entre altas murallas hechas de peña caliza, y pisas un camino que hay entre dos prados de siega, y sobre este valle se extiende el cielo, y recortan el cielo las cumbres. Las montañas se alzan mires donde mires, con su base siempre alfombrada de roble y haya en las zonas umbrías, de brezo y pastizal en las de solana. Más arriba, la roca desnuda. Si te das la vuelta, sentirás el vértigo inverso que produce fijar la vista en dos cimas escarpadas, verticales, una de ellas como un colmillo clavado en la bóveda celeste, y, en torno al valle, protegiéndolo, cercándolo, ciñéndolo, riscos y montes, más riscos y más montes. En cambio, la vega del fondo es plana como la palma de la mano, con su tapiz de sotos, sembrados y praderías, y columnas de chopos avanzan escoltando el río. A lo lejos divisas un cogollo de techumbres dispuestas por barrios en torno a la iglesia, oyes un murmullo combinado de voces, ladridos, mugidos y motores, sonidos de la vida que va y que viene. La torre, algunas casas. Piedra, madera y teja tras la espuma de las frondas.

El aire está quieto, brilla el sol, las montañas son las mismas que hace milenios.

¿Qué cosa mala podría suceder en un lugar tan bello?

Caminas un poco sin dejar de mirar a tu alrededor, de recordar lo que ya sabes: el colmillo que parece querer clavarse en el cielo es el Gilbo, uno de los padres calizos de la comarca; el otro, la mole impasible del corpulento Yordas. Entre ellos, Cueto Cabrón, Pico Llerenes, Cueto Nebloso, Peña Collada, Las Anestosas... viejos nombres para torres mucho más antiguas. A la derecha de donde te encuentras parte el camino a Anciles, uno de los rincones más hermosos de toda la cordillera, y si siguieras la carretera rumbo sur hallarías el apacible Huelde, en un recodo a la sombra de Las Pintas. Volviendo de nuevo al valle, La Puerta, con sus balconadas cuajadas de flores, y en dirección norte, camino de Valdeón y Sajaambre, los dos barrios de Éscaro, sembrado de casas solariegas, y la prudente Vegacerneja, y luego ya el Valdeburón, otro espacio de abrumadora belleza, con su capital, la juiciosa y aristocrática Burón. Pero regresamos de nuevo para encarar la Tierra de la Reina y llegar a Salio, entre la humedad de los prados y las huertas, y después a Pedrosa del Rey, villa hidalga, con su iglesiona, sus hogares blasonados y su puente digno de una capital, la mirada atraída por esa pirámide envuelta en brumas que es el esbelto Espigüete.

Vuelve el ojo de águila, o el de la memoria, al centro mismo de este alto reino de piedras blancas, a ese lugar del que entrevimos los tejados y la torre, y que tiene un nombre vibrante, un nombre que quizá aluda al ángulo, a la esquina del patriarcal río leonés a cuyas orillas acamparon sus pioneros hace más de mil años que sepamos, y probablemente otro tanto atrás.

Has llegado a Riaño.

RECORRES EL paisaje con las piernas y con la mirada, y siempre encuentras ganado, mucho ganado pastando en estos valles atravesados por venas de agua: vacas y terneros; yeguas de enorme porte y fuertes patas; rebaños de ovejas que en invierno se dirigen al sur, centenares, miles de cabezas enhebrando los caminos de la penín-

sula y cuyos rabadanes, en Extremadura o en La Mancha, suspiraban pensando en su tierra como en un cielo de hayedos. Comparaban palabras y usos, leyendas y romances, y allá dejaron sembrado el mito, la promesa, la existencia de un lugar de nieve del que todas las rutas parten.

Los prados están mojados; el piorno, florido.

Ahí mismo, en esa parte del camino cuya tierra parece la misma que la de cualquier otro, fue perseguido un famoso alcalde carlista que recorría los valles con la dignidad de un noble feudal, y un poco más allá alguien enterró 326 maravedíes, setenta de ellos de plata, hace más de seiscientos años, sin que sepamos el porqué. Cerca, muy cerca, se alzaba un castillo del que solo verás un conjunto informe de piedras. Piedra se es en esta comarca, y en piedra, parece decir la historia, te acabarás convirtiendo. De piedra son las lápidas de una tribu altiva que tenía los caballos por criaturas sagradas y cuyos miembros portaban nombres sonoros, un pueblo que amó, luchó y pereció, y que, con caligrafía preciosa, en la lengua de los invasores, dejó huella de su paso por el mundo. Piedras talladas, primitivas navajas y punzones y restos de cerámicas, de collares, de hachas se hallaron también en una cueva de los alrededores. Indicios, señales, vislumbres.

No veas tampoco un lugar sin mácula, una estampa recortada entre las molduras de un marco dorado: numerosos tejados aparecen cubiertos de industrial fibrocemento, hay caminos y callejas que son puro barro, el abono se amontona en los esquinzos, las portaladas bullen de leña, de cajas, de tubos, de trastos. Un perro ladra lastimero, varios hombres profieren fuertes voces, un camión destartado avanza por la carretera lanzando nubarrones de humo negro. Las vacas, toros y terneros mugen sin cesar, llamándose unos a otros, las montañas repiten el eco, y ese sonido, junto con el de los cencerros —metálico, acompasado, neolítico, tranquilizador— es aquí el verdadero sonido del paso del tiempo.

Ahora respira hondo, solo eso. Aspiras un aroma que te acompañará siempre, allá donde estés, aunque sea en el otro lado del mundo. Como acaba de entrar el verano, la gente ha empezado a segar las campos, y ese olor a hierba, seco y aromático, olor caliente que se mezcla con el aliento de los tomillos, de las gencianas, de los oréganos y del té de peña, es como el espíritu de la montaña que penetra en cada persona que lo respira. La vertiente sur de la cordillera Cantábrica registra menos lluvias que la norte, su clima es más variado, también más extremo, la habita por tanto una mayor diversidad de seres, y la calidad de sus pastos arrastra fama desde lo inmemorial. Esta hierba alimentó las merinas cuya lana fue la auténtica moneda del país durante siglos, lana que armó flotas y costeó guerras, siempre en el punto de mira de agentes extranjeros hasta que por fin lograron llevarse a sus naciones el secreto de las más finas hebras del orbe. En este valle, los pastos, garantía de supervivencia durante los despiadados inviernos, dan nombre a una época del año: el mes de la hierba.

Todo, pues, convive aquí sin mayor inconveniente: anchas matas de roble, pero también fincas de cereal, hórreos y eras de trillar, pajares y leñeras, hoces y esas grandes hachas que en León se llaman *machaos*. Por eso, de las laderas pobladas de urz y de los prados segados, de los marallos de hierba bien dispuestos en hileras y del mucho abono por las fincas y por las cortes y por los caminos, brota ese aroma especiado, balsámico, hecho de plantas vivas y de plantas muertas y que también lo es a romería, a matanza ahumándose en la hornera, a corro de lucha, a cocido de arvejos, a torta de azúcar, a camino entre robles, al lento avanzar de las vacas pardas.

Heno, leche, estiércol, flor.

Deja que entre en tus pulmones esa esencia que es como el himno silencioso de estas montañas. Que entre en ti ese aire mientras los pájaros cosen el cielo allá arriba y mientras hay rumores de agua y de todos los seres que por aquí bullen. Las nubes se desplazan sin prisa y una de ellas da paso a los rayos de un sol

tibio, moderado, que se proyectan sobre la parte del valle en la que estás y te calientan el rostro. Cierras los ojos y te quedas quieto en mitad del valle, quieto como un haya, quieto como un fresno, tan quieto como lo pueda estar la flor del piorno, inmóvil como las propias peñas, formando parte, con cada fibra de tu ser, del magnífico e ilimitado enjambre de lo vivo.

Te detienes y respiras, y sabes que jamás podrán echarte del todo de esta tierra.

Una tierra que ya se encuentra más allá de las vueltas y revueltas de este mundo, una tierra sublimada e inmaterial, pura, trasladada ahora a ese espacio infinito que hay en el centro mismo de cada persona.

Intentemos contar aquí la historia de cómo una tierra se convierte en utopía.

A MODO DE COMIENZO

AQUEL MUCHACHO ALTO, DE frente amplia, chaquetón de piel de vaca y mirada siempre reconcentrada —inquisitiva mirada de joven filósofo, de joven reflexivo y determinado—, aguardaba el alba subido a uno de los tejados de Riaño. Una decena de compañeros y vecinos ocupaba otras tantas techumbres, y así esperaban todos el amanecer en silencio, aupados a las rojas tejas mordidas de musgo como si fueran grandes pájaros silenciosos.

Para no caer dormido, para entretener el pensamiento, para ejercitar su nervio creativo, aquel joven grababa un poema, en una teja, con un clavo.

Y tan absorto estaba el muchacho, vestido con su chaquetón de piel vuelta, en la escritura del poema, que apenas se dio cuenta de que los rayos del sol habían traspasado las laderas del Gilbo y del Yordas —las grandes montañas tutelares del valle, las montañas testigo del incesante hormigueo humano en la comarca— y empezaban a caldear el gran cuenco de tierra y peña caliza, de huerto, pradería y robledal por el que se extendía el municipio. Aquel joven, que se llamaba Ramiro Pinto Cañón, no era consciente de que las calles habían empezado a poblarse de ruidos y de voces, de pasos rápidos y de órdenes, y seguía grabando de modo frenético, incapaz de detener la mano, abismado en el ritmo de los versos y en las ideas que quería, que precisaba con urgencia, declarar a todos los vientos.

Cuando volvió a la realidad, observó que dos guardias habían apoyado una escalera contra la fachada de la casa y se le acercaban despacio intentando tres cosas a un mismo tiempo: pisar con cuidado, mantener el equilibrio y exhortarle a deponer su actitud, de la misma forma en que lo habían hecho en ocasiones anteriores. En modo alguno quería Ramiro arriesgarse a perder el poema, así que sujetó con fuerza la teja escrita.

—¡Tiene un objeto pesado!

—¡Suelte eso! ¡Suéltelo! —gritaron los guardias.

—¡Pero si solo es un poema...!

Los guardias se abalanzaron sobre Ramiro y lo bajaron, le quitaron la teja y la tiraron por ahí.

—¡Devolvédmelo, coño! ¡Si solo es un recuerdo!

Poco después, en el calabozo del cuartel, a Ramiro Pinto le permitieron usar papel y lápiz. Allí tuvo ocasión de terminar los versos que había comenzado en el tejado. Así decían, y todavía dicen:

Aún el viento arrastra las hojas
y mece la hierba de la pradera.
Aún sigue azul el azul del cielo,
y lo indestructible no se puede destruir.

Aún matan y golpean unos,
y otros aman y resisten.

Pero siempre vence
la sonrisa a la orden,
el baile al desfile,
el corazón abierto
a la razón de Estado,
la mano limpia
a la mano armada,
el trabajo libre
al trabajo esclavo.

Porque vencer es ser libre,
como el viento.
Vencer es amar y luchar,
el resto, recovecos de lo que son:
dinero y hormigón.

¡Ellos son dinero y hormigón!,
sombra de la primavera,
ladrones del sol,
la luna y el viento,
destructores de la victoria
que grita silencio.

Ramiro Pinto Cañón relejó el poema y luego pensó, en medio de la soledad y el silencio del calabozo, en la improbable, en la extraña sucesión de acontecimientos que desde el convulso Madrid de los primeros años ochenta le condujo hasta aquel húmedo valle del norte de León y a aquella lucha desigual entre pancartas y fusiles, entre máquinas excavadoras y espadas de cartón, entre las convicciones y los intereses.

Sí, la improbable sucesión de acontecimientos...

PARTE I

La patria de las fuentes

Todo es agua.

Tales de Mileto

EL PLANO

EL HOMBRE DE LOS muchos proyectos, de las muchas voluntades, permanece medio oculto por torres de carpetas, libros, dosieres, informes, folletos, planos, revistas, catálogos. Sobre la mesa, pero también en ringleras desiguales, dispersas por el suelo del gabinete, torres de periódicos descansan sus páginas crujientes, sus miles de apretadas líneas impresas en letras de molde. Las estanterías rebosan de volúmenes, algunos venerables, encuadrados en piel de becerro, otros de aspecto moderno. Hay retratos de varones posando con gesto grave, hay litografías, láminas.

En una de ellas se asoma, con su sonrisa algo pícara, el rey Alfonso XIII.

El hombre de los muchos proyectos, de las muchas voluntades, reflexiona ante un plano extendido, una cartografía desplegada como un pequeño mar interior entre los valles y cordilleras de papel que se elevan y descienden sobre la mesa del despacho. El plano forma parte de un gran informe, una obra monumental al estilo de las enciclopedias repleta de cifras, de mapas y de referencias. El hombre de los muchos proyectos, que también es hombre de bigotes de largas guías que apuntan hacia arriba, como sus muchas voluntades, como sus muchas miras, contempla el documento, el plano que una mano diestra trazara con rigor, con preciosismo, con mimo incluso. Las cotas y las alturas, las curvas de nivel, los topónimos están adornados con volutas, rizos y rabillos, como si de un mapa del tesoro se

tratará. El mapa de un libro de aventuras, de una novela fantástica: la carta secreta que conduce a un reino entre montañas, un país mítico sumido en las brumas que esconde un gran secreto o una riqueza legendaria.

Para el hombre de los muchos proyectos, de las muchas obsesiones, la joya que ese país atesora no tiene nada de ilusoria: es real, es muy concreta y además está ahí, al alcance de la mano. Cae del cielo, circula por cauces, reposa en las cumbres, se filtra a través de cuevas y sumideros. La única dificultad estriba en que hace acto de presencia de modo variable e irregular: allí mucha, aquí escasa, más allá desesperadamente poca, a veces incluso nada. Ese es el desafío, la prueba que deben superar los líderes de su tiempo —generación de muchos proyectos, de muchas obsesiones, también de no pocos traumas—. Cuando este hombre camina por las calles y de repente se echa a llover, siente el ansia irrefrenable de recoger como sea, en calderos, en tanques, en cisternas, incluso de atrapar con sus propias manos, ese oro líquido, precioso pero escurridizo, que la mayor parte de las veces acaba siendo absorbido por la tierra ante sus ojos. El hombre de los muchos proyectos siente un dolor casi físico ante esa pérdida, ante esa casi inexplicable falta de aprovechamiento.

¿Cómo no darse cuenta de que el agua, no otra cosa sino el agua, es la llave del progreso para un país agrario, sobre todo agrario, pero cuyas dos terceras partes son secas o muy secas, o al menos de pluviosidad errática, de ríos caprichosos y tornadizos, inestables, tierra que clama con toda su alma por canales, por infraestructuras de riego?

El hombre posa ambas manos en los márgenes del documento, ante el plano que revela la ruta hacia uno de esos tesoros. Una ruta que han trazado sus técnicos y sus ingenieros, día a día, curva a curva, dato a dato.

Lo que para otros —para la mayoría— es un camino oculto, tan desconocido y peligroso como un rumbo a través de la selva, para él está ahí mismo, irritante, desazonadoramente cerca: saque usted la

CRONOLOGÍA COMENTADA

(a partir de las elaboradas por José Epifanio Miguélez y por la Coordinadora para la Defensa de los Valles, así como del texto de Vicente Pueyo «Veintiún años bajo el fantasma del agua», del libro *Riaño*, editado por la Diputación de León)

1902

Plan Gasset, compendio de posibles lugares en los que ubicar embalses en todo el territorio español. Su punto 113 dice así: «Canal de Cistierna y pantano de Bachende, para dar riego a veinticinco mil hectáreas [...], estando derivado el canal del río Esla, cerca de Cistierna, y situado el pantano sobre el mismo río, en el estrecho Bachende». El Plan Gasset será revisado en 1906, 1909, 1916 (Plan de Obras para la Reconstrucción Nacional), 1919 (Proyecto de Ley de Fomento de la Riqueza Nacional) y 1922.

1919

Autorización a Luis Sagrera Ciudad para tomar datos de campo y redactar el proyecto de un embalse en el estrecho de Bachende, se intuye que para usos industriales.